

Mariano Aramburo-Martí en Zaragoza

129

¿SERA posible—me preguntaba muchas veces—que alma de tan dinámicas inquietudes como la de nuestro divo Martí no dejara huella alguna de su paso por Cesaraugusta, habiendo morado en ella precisamente en días de juventud hervorosa, que se inaugura en Cuba nada menos que con un grave delito patriótico, por el cual es desterrado? Espiritu tan pleno de hondos y altos impulsos, como ungido de santimonia cívica ¿pudo permanecer desvaído entre la masa estudiantil, como el alma decolorada de cualquier mozo vulgarote? Ninguna biografía nos dice nada de esta etapa de su vida. Néstor Carbonell fué allá hace algunos años en busca de datos, y toda la latría de su culto martiense no bastó a ponerle en ruta de hallazgo.

Menos desafortunado mi anhelo, en mi último viaje a España (1928), algo he encontrado. Mi visita a Zaragoza—donde yo también estudié las mismas carreras en que Martí fué graduado por aquella Universidad—, aun siendo brevísima, pues sólo duró 2 días, me deparó un bien documentado Cide Hamete Benengeli. Ambulando una noche por el bello paseo de la Independencia (o de Santa Engracia) topé con mi antiguo condiscípulo el Illmo. Sr. D. Gregorio García Arista, fino escritor costumbrista, diestro ejercitante de la ceterria documental a través de legajos y mamotretos y prez luciente del doctísimo cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios, uno de los más encumbrados en la jerarquía mental de España.

Tras el abrazo, verdaderamente efusivo, propio de compañeros que no se han visto en más de treinta años, desembarazada ya la conversación de las mutuas preguntas y respuestas sobre nuestras vidas y empresas, enderecé el palique hacia la meta de mis afanes inquisitivos. Dijome García Arista que en 1895, pocos meses después de comenzar nuestra última guerra de independencia, publicó en el *Diario de Avisos*

de Zaragoza un artículo sobre el asunto que me preocupaba. De ese trabajo tengo a la vista copia auténtica. El artículo, un poco agraz, refleja el prejuicio natural en un español de aquellos tiempos. Ni en ese escrito, ni en aquel diálogo, hallé noticias de arengas encendidas, de jefatura revolucionaria o siquiera revoltosa, de influjo de primates entre los estudiantes zaragozanos, de aventuras caballerescas o lances de amor ligero: nada de lo que el temple romántico del personaje me hacía esperar. Parece que Martí vivió por entonces con cautela, velando prudentemente su vocación de rebelde. De la mencionada fuente son los informes que siguen.

Llegó Martí a la capital de España a principios de 1871, y se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad Central; "pero otras cosas debieron preocuparle más que los estudios, porque de las asignaturas que cursaba, en unas quedó suspenso y de otras no se examinó."

Buscando maestros más indulgentes, según piensa García Arista, pidió su traslado a la Universidad de Barcelona. Próximamente en la mitad del camino de la villa del oso y del madroño a la ciudad condal se halla la metrópoli aragonesa. Martí se quedó en ella. ¿Por qué teniendo boleto para Barcelona, y señalando el marbeté de su equipaje esta dirección, desiste Martí de continuar su viaje y opta por terminarlo junto al Ebro, a la vista de la barroca basílica multicupular hoy en peligro de ruina? A mi excelente informante le parece que el hecho huele a misterio, y pregunta si lo encadenaría algún buen palmito. "¿No habrá—dice—entre mis respetables lectoras alguna respetable mamá que haga memoria de haber flechado en sus mocedades a aquel filibustero en canuto?" A renglón seguido atestigua que Martí estuvo enamorado de doña Blanca de Montalvo, después esposa de don Manuel Pastor, catedrático de la Facultad de Medicina, a quien yo traté no poco en el Círculo de los Luises. ¿La conoció en el via-

je y el nardino perfume de su hermosura lo embriagó hasta el punto de no querer separarse de ella?

En la secretaría de la Universidad presenta su pasaporte, expedido por el Gobernador General de la Isla de Cuba, con fecha 31 de diciembre de 1870, y la autorización de traslado de estudios, calzada con las firmas del gran orador Moreno Nieto, rector de la Universidad Central, y de don Pedro Alcántara García, secretario de la misma y coautor, con don Manuel de la Revilla, de la obra *Principios generales de literatura e historia de la literatura española*, que por tantos años fué el único texto sobre la materia en las Universidades españolas. Con estos documentos se matriculó en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras, carreras que cursó junto con el bachillerato. Esta simultaneidad parecerá inconcebible a quien no sepa que "en aquella feliz y holgada época nuestras libérrimas disposiciones sobre enseñanza no obligaban (¿cómo obligar al pueblo soberano?) a que los estudios de segunda enseñanza precediesen a los de enseñanza superior, como en estos tiempos se exige a cada hijo de vecino. Así nuestro hombre pudo cursar las asignaturas de Derecho y de Letras primero, las de segunda enseñanza después, y graduarse de bachiller la víspera de licenciarse en Derecho". En aquellos años que siguieron a la revolución septembrina todo andaba de cabeza en España, y la enseñanza no se libró de esta inversión.

Las aptitudes y la vocación de Martí quedaron bien probadas: en las asignaturas de Derecho jamás pasó de **aprobado**, mientras en las de Letras nunca bajó de **sobresaliente**.

La noche del 30 de septiembre de 1874 el futuro redentor cubano andaba perplejo por los claustros universitarios, dudando si examinarse de las dos asignaturas de Letras que le faltaban para terminar esta carrera. Era el último día del curso, transcurrido el cual ya no ha-

Copy Sanchez

X

X

X

Copy Sanchez

AR MONTO DOCUMENTAL

